

LA TUBERCULOSIS EN ALGUNOS PERSONAJES DE LA HISTORIA DEL PERÚ

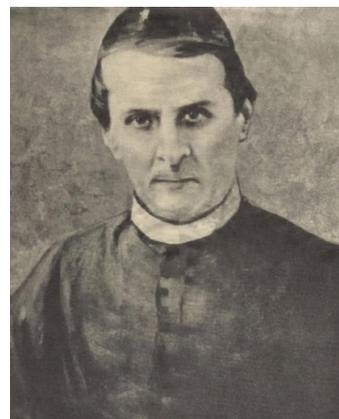
Tuberculosis in some characters in the history of Peru

MANUEL ZANUTELLI ROSAS¹

Agresiva y temida

La tuberculosis (TBC), contagiosa y sin medicina para combatirla, causó angustia en quienes la padecieron y honda preocupación en el entorno familiar, sin excepción de jerarquía social, edad o estado económico. Bastaba que uno solo de la casa estuviese afectado por esa dolencia para que formase parte de la temida lista de los inmediatos difuntos del barrio o de la ciudad. Era comprensible entonces que parientes y amigos evitaran el contacto con el enfermo, que por esta penosa circunstancia solía pasar los días aislado, derrumbado por la fiebre y la tos persistente. En algunas ocasiones, en la última etapa, la terrible hemoptisis se encargaría de poner fin a sus padecimientos.

Personajes de la alta sociedad limeña la sufrieron, como Juana Rosa García de la Plata y Orbaneja, descendiente del oidor de la Audiencia de Lima, Manuel García de la Plata, quien casó con Benita Orbaneja Lalleman y tuvieron cinco hijos, entre ellos Juana Rosa. Esta, nacida en Chuquisaca (1781), con el tiempo fue esposa de José Bernardo de Tagle y Portocarrero, marqués de Torre



Bartolomé Herrera.

Tagle.⁽¹⁾ Se casaron el 6 de junio de 1800, pero once años después, el 14 de marzo de 1811, la tisis la abatió y fue enterrada en el cuartel Resurrección 20-A del cementerio Presbítero Maestro.⁽²⁾ Su nieta Elena Ortiz de Zevallos y Tagle, dijo después que su deceso se produjo a causa de epilepsia.⁽³⁾ Al enviudar, Torre Tagle contrajo matrimonio con Mariana Echevarría y Ulloa, viuda del coronel Demetrio O' Higgins, sobrino del virrey Ambrosio O' Higgins, el 20 de julio de 1819 en la parroquia del Sagrario.

1 Fuente: Manuel de Mendiburu: *Diccionario Histórico-biográfico del Perú*, tomo IV, Lima 1880, pág. 24.

2 Se refiere a esta enfermedad José Antonio de Lavalle en *Galería de retratos de los gobernantes del Perú*. Barcelona, 1909, pág. 18.

3 Luis Alayza y Paz Soldán: *Unanue, San Martín y Bolívar*. Lima, 1934, págs. 518, 519 y 525.

1 Periodista y escritor de crónicas.

Doña Mariana era hija de Juan de Echevarría y de Ana María Santiago de Ulloa, chilena nacida en Valparaíso.

Una señora de “salones aristocráticos”

La TBC envolvió fatídicamente también a Manuela Rávago y Abella Fuertes, esposa de José Riglos Lasalle, señora muy apreciada en su entorno social. No obstante la lucha de los médicos para enfrentar el mal que padecía, dejó de existir el 16 de octubre de 1842, a la edad de 33 años.

La educadora Elvira García y García en su libro *La mujer peruana través de los siglos*, comentó que su familia había fundado un “salón aristocrático” que se convirtió en el “centro social de la mayor importancia”. Y, agregó: “*además de sobresalir como escritora, la señora de Riglos [doña Manuela] causaba la admiración y el encanto de todos, con su argentada voz, interpretando fielmente con la delicadeza de su espíritu apasionado y pleno de sensibilidad exquisita*”.⁽⁴⁾

Parecerá un exceso de adjetivos pero algo o mucho de verdad había en esas palabras. “*De ella y de sus méritos escribió Manuel Lorenzo de Vidaurre grandes elogios; y al poeta don José Joaquín de Mora inspiró dos hermosas composiciones*” –comentó Luis Varela Orbegoso en su libro *Historia de la sociedad colonial* (Lima, 1924, segunda edición, vol. II, 72). Fueron sus hijos: Rosa Mercedes, casada con Pedro José de Orbegoso Martínez de Pinillos; Federico casado con Manuela Varela y Valle; Amelia, casada con Francisco de Paula Abella Fuertes; Simón, soltero; y Mercedes, casada con José de la Riva Agüero Looz Corzwarem.

Una distinguida dama, Manuela Iriarte de Olavegoya, pereció a causa de la TBC el 30 de enero de 1881. Nacida en Lima, de 58 años, formaba parte de una familia de hacendados con propiedades en el departamento de Junín. En el archivo de la Beneficencia Pública se anota que murió de consunción. La enterraron en el cuartel de San Gabino C-154 del cementerio de Maravillas. Al lado, en el 155, sería inhumado su esposo Demetrio Olavegoya, fallecido el 19 de marzo de 1884. Dejaron ocho hijos, según el obituario de la Parroquia del Sagrario.

Manuel Pardo también pasó por las horcas caudinas del mal de Koch, tan diseminado en la población. Estuvo en Jauja entre 1857-1858, donde denominaban “paletas”, con marcada señal de reproche, a los costeños enfermos porque llegaban a “contaminar la ciudad”, unas veces “traspasados” y otras cuando el mal apenas asomaba o se había iniciado. En 1862, Pardo publicó *Estudios sobre la provincia de Jauja* y, de acuerdo a lo que había vivido en esa ciudad, dijo que era el “antídoto” de la tuberculosis porque “*sus curaciones son asombrosas y en la mayor parte de los casos infalibles*”.

Un viaje inoportuno y fatal

En la quietud de ese apartado rincón del país se encontraba el obispo Bartolomé Herrera, en proceso de recuperación pero, en desmedro de su salud, volvió a Lima para ocupar una curul en la Cámara de Diputados. Esta decisión tuvo trágicas consecuencias porque el clima malsano de la capital y las actividades políticas intensas que desarrolló terminaron por quitarle la vida el 10 de agosto de 1864, en su casona del Buen Retiro, Arequipa. Fundador del Convictorio de San Carlos, en sus aulas se educaron los hijos de conocidas familias de la sociedad peruana. Según el *Libro de Recepciones y Actuaciones Literarias (1830-*

4 Obra citada, pág. 325.

1853), que se conserva en el Archivo Domingo Angulo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, fueron alumnos Luciano, Luis y Felipe Benjamín Cisneros, Clemente Althaus, Sebastián Barranca, Mariano Amezaga, Pedro Gálvez, José Toribio Pacheco, José Arnaldo Márquez, Manuel Pardo y, entre otros, el ecuatoriano Numa Pompilio Llona.

El caso del pintor Francisco Laso tuvo caracteres trágicos. Favorecido con una beca durante el gobierno del general José Rufino Echenique (1851-1855) para estudiar en Europa, de vuelta al país fue contratado con el fin de pintar óleos de distinguidas familias de la sociedad. Entre 1862 y 1863 publicó en la *Revista de Lima* los artículos “Algo sobre las Bellas Artes”, “El hombre y su imagen”, “La paleta y los colores”, “El vividor”, “Croquis sobre el carácter peruano”, “Variaciones sobre la candidez”, “Un recuerdo”, “Tiempo pasado”, “Mi cumpleaños”, “Croquis sobre los bienaventurados” y “Croquis sobre las elecciones”.⁽⁵⁾

En 1868, durante la epidemia de tifoidea, que alarmó a la población, ofreció sus servicios como socorrista, se contagió y además enfermó de tisis.⁽⁶⁾ Para recuperarse emprendió temerariamente el camino hacia la sierra pero su cuerpo no resistió la altura de la cordillera, ni el soroche, ni el frío y se refugió en una choza en San Mateo (3 149 m.s.n.m.) en su camino a Jauja. Para alumbrarse en esa inmensa soledad solo tuvo una vela que incrustó en el pico de una botella a manera de lamparín y expiró ahogado en su propia sangre a consecuencia de una violenta hemoptisis. Era el 14 de mayo de 1869. Trasladado a Lima fue inhumado

5 Jorge Basadre: *Introducción a las bases documentales para la historia de la república del Perú con algunas reflexiones*. Lima, 1971, tomo I, pág 341.

6 Juan Manuel Ugarte Eléspuru se limita a decir: “Tenía una naturaleza débil y se sospecha que sufría del pulmón”. *Francisco Laso. Biblioteca Hombres del Perú*. Lima, 1966.

en el cuartel San Vicente de Paul C-56 del Cementerio General.

La ruta que emprendió Laso fue extremadamente difícil. De Lima a Jauja tenía que cubrir la distancia de 266 kilómetros, pasando por Chosica, Matucana, San Mateo, Casapalca y La Oroya hasta arribar a su destino. En el estado en que se hallaba fue un suicidio con una gran cuota de responsabilidad de su familia. ¿Por qué no lo detuvieron? O, quizá lo intentaron pero se impuso la vehemencia de Laso. En esa época no existía la vía férrea y se vio en la necesidad de emplear la cabalgadura soportando la lluvia, el granizo y el viento helado. La construcción del ferrocarril trasandino se inició el 1° de febrero de 1870, solo llegó hasta Chicla (141 km) y entró en servicio el 9 de febrero de 1871.

La ferrovía brindó en el siglo XIX un extraordinario servicio de transporte. Recordemos que el mayor enemigo de los viajeros de la costa era el soroche, que solía causar un malestar a veces de fatales consecuencias.

También falleció de tisis el mariscal Luis José de Orbegoso⁽⁷⁾ (1795-1847), presidente de la República; y, entre otros, Felipe Alejandro Salaverry Pérez en febrero de 1890, hijo del caudillo fusilado por el boliviano Andrés Santa Cruz después de la batalla de Ingavi (1841).

Escritores y poetas

Este mal atacó al poeta y periodista Constantino Carrasco (1841-1877), hijo del contralmirante Eduardo Carrasco, Cosmógrafo Mayor del

7 Dijo en sus Memorias: *La necesidad de variar de temperamento para conseguir mi curación me hizo ir a mi hacienda de Chuquisongo, donde permanecí cuando tuvo lugar la batalla de Junín. Memorias del gran mariscal Don José Luis de Orbegoso*. Lima, 1939, Gil. S.A. Editores. Pág. 30

Perú y miembro de la Sociedad Geográfica de Londres. En busca de salud viajó a Tarma y restablecido ejerció la docencia en el colegio de San Ramón.

En Lima, el gobierno le encargó la corrección de estilo de la obra *El Perú*, de Antonio Raimondi, formada por tres tomos: el primero sería impreso en 1874; el segundo, en 1876; y el tercero en 1879. En total, la abrumadora cantidad de 1 532 páginas. Esta tarea le demandó un inmenso esfuerzo físico e intelectual que agravó su salud. Recibió como pago ochenta soles. Su estremecedora agonía fue narrada con algunos pormenores por Eugenio Larraburre y Unanue el 26 de junio de 1878 en el diario *La Patria*. Lo visitó en su casa, pero “*ya estaba mal, inclinado en un sofá*” y sin fuerzas para extender los brazos al amigo que acababa de llegar. El enfermo le dijo “*tengo los pulmones llenos de cavernas.*” Dejó de existir el 3 de mayo de 1877. Numerosas personas acompañaron a la familia en el velorio y, finalmente, en la inhumación de los restos en el Cementerio General de Lima.

Muy sentida fue asimismo la desaparición el 11 de octubre de 1880 de Isidro Mariano Pérez, fundador de *El Correo del Perú*, una revista que hizo circular a partir de setiembre de 1871 y acogió en sus páginas las colaboraciones de personajes como Francisco de Paula González Vigil, Manuel Odriozola y Ricardo Palma. El estado de ánimo en que se encontraba este olvidado escritor trujillano se refleja en los versos que hizo conocer el semanario *Lima Ilustrado*:

*Al fin, Señor, a tu presencia vuelo,
de lágrimas dejando este camino,
donde errante, cansado peregrino,
suspiré en vano por el patrio cielo.*

Retrocedamos en el tiempo para referirnos al venezolano Juan Vicente Camacho, laborioso traductor en el Ministerio de Relaciones Exteriores de nuestro país y fundador con Hilarión Nadal de *El Herald de Lima*, (1854-1856). Pasó el año 1855 en Jauja y después de recuperar su salud retornó a Lima donde consolidó su relación con Rosa Lastres Riglos en una ceremonia que se llevó a cabo en la parroquia de San Marcelo. Al correr de los años, en 1859 buscó atención médica en Europa con el propósito de enfrentarse a la enfermedad que lo agobiaba; y, entre 1864-1865 radicó en Jauja. Como consecuencia de su estancia en esa ciudad escribió el poema *La tisis*:

*En tanto sigo viviendo
y la tisis va aumentando,
los días paso burlando
las noches paso tosiendo*

En 1871 residía en el balneario de Chorrillos, elección equivocada porque lo que él requería era el clima saludable de la sierra. No la playa, no el viento salino del mar ni las prolongadas tertulias literarias. Por el contrario, continuó con su vida bohemia (charlas de café, tabaco y licor). Vivir en Jauja, Huancayo, Tarma o incluso Chosica o Matucana hubiese sido mejor. En una crónica de Armando Herrera (revista *Excelsior* N° 226 de noviembre-diciembre de 1953) titulada “*El Alma risueña de Camacho*”, se anota: “*valiéndose de sabe Dios de qué medios*”, enrumbó a París, y allí vivió hasta el 4 de agosto de 1872, día de su deceso.

La poetisa Leonor Sauri (1840-1890) agonizó en su casa limeña de la calle de Gallinacitos (tercera cuadra del jirón Monzón, arteria que está al costado de la casona de San Marcos en el lado del jirón Azángaro). Fue recordada en *El Perú Ilustrado* por el abogado y escritor arequipeño Abel de la Encarnación Delgado. “*Su vida ha sido de un día, como las flores.*”

Como una de esas ilusiones de la juventud que, al sacarlas, se desvanecen para siempre. Como un vaporoso sueño de amor y de felicidad, así ha sido su existencia malograda, tan adorable, tan fugaz y tan breve, que ha pasado sin dejar casi huella en este mundo". Y agregó. "Ha muerto llena de fe, de ilusiones y de esperanzas".



Leonor Sauri

El adiós a primer presidente del Círculo Literario

El 21 de abril de 1888 partió Luis Enrique Márquez, poeta y hombre de prensa, de quien Manuel González Prada dijo en su entierro: "No vengo a derramar públicas lágrimas por el hombre libertado ya del horror de pensar y el oprobio de vivir: consagro un recuerdo al fundador del Círculo Literario, doy el último adiós al poeta, nada más".⁽⁸⁾ Márquez fue un periodista de combate, director de *La Sabatina*, que editó con el fin de proyectar la figura política de Manuel Pardo. Su animadversión a Ricardo Palma era casi enfermiza y lo demuestra por la forma en que lo atacó el 28 de diciembre de 1872, mediante unos versos punzantes que decían en su primera estrofa:

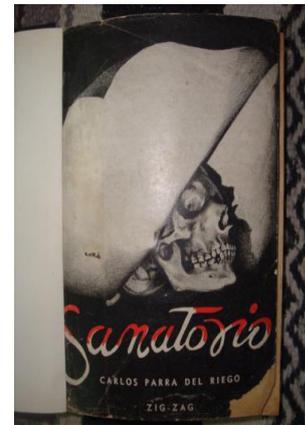
8 *Páginas Libres*. París, Tipografía de Paul Dupont, 1894, pág. 55.

Prieta la cara y más prieta
el alma que Dios le dio,
este prieto comenzó
por dedicarse a poeta

Sucumbió el 14 de marzo de 1889 del mismo mal que Alberto Pérez Alvarado, editor del semanario *El Progreso* (1884-1885). De este vocero se conservan muy pocos ejemplares en la Biblioteca Nacional.

Dos novelistas en Jauja

Un hombre de letras de grata recordación, Carlos Parra del Riego, fue autor de la novela *Sanatorio*, publicada en Chile en 1938 por la editorial Zig-Zag. Lo que contó en su libro fue una historia vivida, el tiempo que pasó en condición de hospitalizado en 1937 en el sanatorio Olavegoya de Jauja. Todos "estaban de la caja" y eran atendidos por médicos especialistas en fisiología, con el apoyo de monjas y enfermeros.⁽⁹⁾



Sanatorio, de Carlos Parra del Riego.

9 Según el censo nacional realizado en 1940, la población de Jauja ascendía a 7 713 habitantes. Sin embargo, en el censo de 1993 su crecimiento demográfico alcanzó nada menos que 103 135 habitantes, divididos en 49 713 hombres y 53 422 mujeres. *Atlas geográfico y documental del Perú*. Editorial Milla Batres. Lima, 1994, pág. 83.

Nacido en Huancayo en 1896, falleció en su tierra el 23 de enero de 1939.⁽¹⁰⁾ El diario *La Prensa* en su edición del día 25, dijo: “Era un literato vehemente. Formó su personalidad en las escuelas de fin de siglo. Acaso por eso, porque él supo asimilar con mucho, con fervoroso calor todo cuanto esas escuelas le dieron, Parra del Riego no dejó de ser, jamás, una sensibilidad finesecular. Con qué cariño y con qué emoción, en los comienzos de sus actividades literarias, bebía en José Asunción Silva, en Paul Verlaine, en Amado Nervo, en Rubén Darío”.

Escribió poesía y escribió cuentos, pero sobre todo dejó la novela que hemos citado. Lo sobrevivieron sus hermanos Domingo, José, Luis, Manuel, Ricardo y Mercedes Parra del Riego Gibson.

El Comercio del 29 de enero de 1939 publicó un artículo firmado con las iniciales P.F. que decía: “Fue una víctima de su inquietud y de su tiempo. De su tiempo, es decir, de aquella atmósfera un tanto densa y equívoca que enturbia los cenáculos artísticos hacia 1914. Quiso y fue un bohemio. Rompió todas las brújulas y todos los mapas del vivir. Se dio en vida a la muerte, soñando y amando, sin tratar de vencerse ni vencer... Carlos enfermó de grave dolencia y hubo de marchar a la sierra en busca de oxígeno puro y alivante. Un poco tarde, demasiado tarde”.

En su mayoría jóvenes, los pacientes eran un mosaico de historias y sentimientos y aunque Parra del Riego trataba de no deprimirse, recordaba que tenía “infiltraciones colaterales” o “los dos pulmones comprometidos” que requerían un estricto control mensual. (un

“pantallazo”). Parra del Riego dijo que el motivo de su estancia en una ciudad tan alejada de la capital era consecuencia de su inexperta juventud. “Dotado de una poderosa vitalidad que juzgaba indestructible, desafiaba triunfante los rigores y alternativas de climas, andanzas y aventuras”. Lo conmovía “la trágica amarillez de la tisis” y los enfermos agonizantes en su lucha por sobrevivir, porque los que terminaban su existencia en el sanatorio, sin nadie junto a ellos, eran simplemente “muertos solitarios”.

El control radiológico se realizaba el jueves de cada mes. Del Pino Fajardo anotó: Que era el día de los Padrenuestros, de los miedos, del Credo. Se les reunía en un cuarto y eran llamados de cinco en cinco. Todos esperaban escuchar la frase anhelada: Está usted mejor. En ese momento se juegan todas las esperanzas, porque al fin y al cabo los atacados del pulmón no eran sino tristes puñados de vidas enfermas. ¿Y los análisis de esputo? BKS era igual a bacilos escasos; BKM a bacilos millonarios y BKH a archimillonarios.

Acostumbrado al ritmo de vida de Lima, es comprensible que dijera: “Jauja es una ciudad muerta”. El cuarto de los desahuciados solía ser visitado por las enfermeras y las madres, incluso la superiora. Otro era el caso de los “clínicamente curados” porque instalados en la ciudad podían organizar su retorno al hogar. En las afueras del pueblo, al fondo de un caminejo rodeado de alisos, había sido edificado el camposanto.

Quienes por lo avanzado de la tisis terminaban por convertirse en cadáveres vivientes, no se atrevían a regresar a Lima porque se ahogarían en Ticlio, situado a 4 758 metros de altura sobre el nivel del mar. Además la distancia entre una y otra ciudad era de 301 km que significaban horas y horas de viaje, de cansancio, de sueño y

10 Alberto Tauro, en su *Enciclopedia Ilustrada del Perú* (Lima, 1987), dice que Parra del Riego nació en el Callao, y agrega esta información: “En plena mocedad viajó a Buenos Aires, donde escribió una serie de cuentos para la revista *Leoplán*, y colaboró en publicaciones como *La Prensa* y *La Nación*. De vuelta en el país escribió para *La Crónica*, *Panorama* y *Varietades*”.

profundo decaimiento. Había un severo control de pasajeros en la estación del ferrocarril y en los vagones pero no faltaban aquellos que con el propósito de burlar a los inspectores llegaban al extremo de colorearse las mejillas para disimular la palidez anunciadora de su próximo fin.

La vida en el sanatorio

Fue narrada también por un gran periodista, hoy injustamente olvidado, Pedro Del Pino Fajardo. Internado en el Olavegoya en 1940, publicó un año después el libro *Sanatorio al desnudo*, en la imprenta "La Voz de Huancayo", que tenía su local en la tercera cuadra de la calle Real. Ocupaba el cuarto de paga N° 15 de la sala San Miguel. Modesto aposento de catre, velador de fierro, bacinica y escupidera. No fue su única obra. Le pertenecen el ensayo dramático: *Hijos del divorcio* (1940); *Beso roto*, drama (1940); *Comedia de los Paletas* (1940); *Caín*, drama (1940) y *Hebe* (1940). Anunció que tenía en preparación la novela *El tambor humano*.

Los médicos que lo trataron fueron los tisiólogos Elías García Rossell, Efraín Aguilar, Francisco Ginés e igualmente el doctor Ráez, de quien no da su nombre. Dirigía el nosocomio Elías García Frías, a quien se refiere con admiración y agradecimiento. Lo elogia sobre la base de su experiencia en el hospital: "Se debe a él mucho de la organización. García Frías en el Sanatorio no solo es un médico de prestigio ampliamente reconocido aquí y en el extranjero. Es un organizador, un hombre que como todo científico ha ordenado desde lo que puede llamarse superfluo hasta el organismo central de su medio de acción. Todo está regulado. Diariamente se observa el estricto cumplimiento, desde el más humilde Inspector hasta el más alto jefe (en) esa especie de consigna de trabajo que tienen encomendada".

El paciente cumplía estas disposiciones médicas:

De 9 a 11.30: Reposo
Después del almuerzo: Reposo
Lonche a las 3 pm.
De 3 a 4 paseo en el mismo local
De 4 a 5.30: Reposo
Paseo de media hora
Comida
Paseo de media hora

Durante el reposo el paciente estaba echado boca arriba, sin moverse, en una actitud de descanso total. El desayuno consistía en "un plato de quáquer con aspecto de sopa, panes tostados, mantequilla (y) una taza de leche con café". El almuerzo: sopa, ternera, fritura, fruta, café con leche y panes. Horas después se servía el lonche. La comida era también abundante y servida al caer la tarde.

Sanatorio al desnudo no es una versión triste con ribetes de tragedia, como sí lo es *Sanatorio* (1938) de Carlos Parra del Riego. Es, por el contrario, un comentario animado, no divertido, de los días pasados en el nosocomio, con miras al futuro, como los que tuvieron sus compañeros. Tiene un capítulo con el nombre de "*Sonrisa trágica*", dedicado "Al bacilo de Koch con un fuerte apretón de manos".

"¡Reposo, reposo"! —era la voz de los enfermeros. Y todos suspendían la conversación, o el juego, o la lectura para obedecer la orden. El reposo consistía en echarse a la cama bocarriba, sin almohada, de 9.30 a 11.30 am. y de 4 a 5.30 pm. "El régimen es de tranquilidad, de paz, de quietud", diría después, para agregar: "Jauja no es la antesala de la morgue. Vienen aquí los que están cayendo esqueléticos y como inválidos... Unos meses de vida tranquila y el esqueleto se encarna echando colores de rosa, y el inválido, y el que no puede ni caminar, corre y todos dicen con asombro: ¿es enfermo? ¡Quién podía creer!".

Todos se cuidaban de las heladas de julio y agosto. Se aprendía que lo mejor para curar la tos era un buen mate de coca y, si se podía, uno de la flor de escorzonera, que se cultivaba en el valle.

En las horas libres jugaban a las cartas, otros ajedrez y damas, pero no todos lograban triunfar en su lucha contra la muerte.

En el pueblo de Jauja

Una de las distracciones era el cine. Hasta el año 1948 las películas se proyectaban rollo por rollo en un local que tenía sillas en vez de butacas y las "cintas" eran frecuentemente mexicanas, de charros valentones o de cabarets con cantantes como Pedro Vargas, a quien acompañaba en el piano el insólito flaco cadavérico Agustín Lara, famoso por sus boleros, pero una nulidad como actor. Conquistó sin embargo a la gran diva de espectacular figura María Félix. Quebrada la relación con Agustín Lara, ella contrajo matrimonio con Jorge Negrete, pero el fallido esposo murió poco después. Era el momento de Sara García y su voz de pajarito en su papel de eterna viejita buena. Pero también de las rumberas Meche Barba, Ninón Sevilla y la inolvidable Tongolele. Después se construyó un cine tan moderno como los mejores de Lima.

El día domingo los pacientes recuperados salían a las 8 de la mañana con la obligación de iniciar el retorno una hora después. Era el mejor momento para ellos porque en la plazuela se realizaba una feria que tenía gran arraigo en la ciudad; se llenaba de gente que compraba, que vendía, que paseaba. Junto al mercado estaba la iglesia a la que concurrían sobre todo señoras con breviarios y mantilla; después de las misas la calle se colmaba de paseantes mientras la música y las noticias se difundían por los parlantes.

Otra forma de pasar las horas y sentir que la mejoría era una realidad, y no un simple y anhelado deseo, era caminar por la orilla de la laguna de Paca o el río Yacus. Enfrente estaba Huertas, con sus característicos tumbos y ciruelas de palo. En ese caserío vivió uno de los escritores representativos de la sierra del centro: Clodoaldo Alberto Espinosa Bravo, autor de *Facetas de Jauja* (1936) con prólogo de Emilio Romero. Un fatal accidente, en 1956, lo dejó baldado de ambas piernas, pero fue tratado durante un período bastante largo en un hospital de Lima y al volver a su tierra continuó escribiendo. Publicaría *Jauja antigua* (1964); y *El hombre de Junín frente a su pasado y su folklore* (2 tomos, 1967). Vivió hasta el 11 de abril de 1969.

Nuevamente en Lima, Del Pino desarrolló una apreciable tarea periodística como redactor de la revista *Pan* que fundó Alfonso Tealdo en 1949. Vargas Llosa lo recordó "como un bohemio incorregible". Colaboró en *Expreso* y *La Nación*. Dejó de existir el 25 de julio de 1956 en el Hospital del Empleado y fue velado en la Asociación Nacional de Escritores y Artistas, institución fundada en 1938 presidida por José Gálvez y seguidamente por Luis E. Valcárcel, Luis Enrique Galván, José Antonio de Lavalle, Alberto Salomón Osorio, José Félix de la Puente, Manuel Beltroy y otros celebrados escritores.

Cuando se trataba de personas afectadas que ocupaban alta posición social, la enfermedad se encubría con el nombre, correcto pero no común, de *consunción*, que significa, entre otros conceptos, extenuación, agotamiento, debilidad, enflaquecimiento, adelgazamiento. El sanatorio Olavegoya de Jauja fue fundado en 1922 cuando esa pequeña pero histórica ciudad serrana, que pudo haber sido la capital del Perú, era apenas un pueblo apacible, de muy pocos habitantes, de calles estrecha y de casas –como

hasta ahora– de techos altos protegidas con tejas de color ladrillo y de grandes ventanas de reja y portones claveteados. Tiene ese nombre en homenaje a Domingo Olavegoya, quien dejó en su testamento a la Beneficencia Pública de Lima un aporte de diez mil libras peruanas para que se edificase un hospital destinado a los enfermos de tuberculosis.

En la canción criolla

Se ha discutido sobre la enfermedad que acabó con la vida de Felipe Pinglo. El compositor Pedro Espinel, quien era su compadre, escribió el vals *“Fin de bohemio”* con esta letra:

“Rodeada está la cama/por los facultativos/que contemplan el caso con visible interés. En otra estrofa manifiesta: El jefe del nosocomio, les musita al oído/ colegas, nada se puede hacer/. Aire...es lo que quiero/aire...para vivir./Esta tos maldita/que mi pecho agitan/rasgándolo sin cesar”. Pinglo, de textura débil, no pudo resistir por mucho tiempo las madrugadas limeñas de su vida de bohemio y enfermó de tuberculosis. ¿Sobre qué base hago esta afirmación? Fue atendido en su domicilio por el médico Jesús Ernesto Melgar, quien puso especial empeño en sus frecuentes visitas. El doctor Melgar era casado con Estela Salmón Hidalgo, hija del padrino de matrimonio de Pinglo, el general José Luis Salmón Fosati. Vinculado el compositor a la familia, es natural que se le brindase una atención en la que se unía la ciencia del médico y la calidad del amigo. Según Ernesto Melgar Salmón, hijo del facultativo, el compositor falleció de tuberculosis. Así lo oyó decir en algunas ocasiones a su padre en la intimidad del hogar.⁽¹¹⁾

Pinglo había trabajado en la Dirección General de Tiro con la protección de su padrino de



Felipe Pinglo Alva en el hospital Dos de Mayo con su hijo Felipe.

matrimonio el general Salmón, quien en 1929 fue nombrado ministro de Guerra y el compositor, por méritos personales, fue designado su secretario privado. El bardo criollo solía visitarlo en su domicilio de la calle Colegio Real 609 (sexta cuadra del jirón Ancash) y después en Chota 1293, donde se trasladó.

Nuestro personaje era hombre de amanecida, de canto, de jarana. La versión del cantante y compositor Samuel Joya (1905-1947), un cañetano de pielatesada, bruna, es contundente: “Buen amigo, camarada leal, se estaba una noche íntegra sin repetir sus canciones. Donde se encontraba no languidecían las farras”⁽¹²⁾ El semanario *Cascabel*, que dirigía Federico More, dijo en su edición N° 81 del 25 de abril de 1936: “Felipe Pinglo, gran compositor criollo, lucha contra el infortunio”.

La TBC se ensañó con el gran maestro de la canción popular costeña y fue paciente del Hospital Dos de Mayo desde el 15 de abril de 1936 hasta el 27 del citado mes en que falleció.⁽¹³⁾ También murió en ese nosocomio el ídolo del fútbol, Alejandro Villanueva, a las 6.45 de la mañana del 11 de abril de 1944.

El temor a la tuberculosis se expresó a través

11 Conversación sostenida el domingo 9 de junio de 1996 con el con el autor del presente artículo.

12 *La Prensa*, 20 de diciembre de 1972. Reportaje de Alfredo Kato.

13 *Felipe Pinglo. A un siglo de distancia*. El Sol. Lima, 1999.

de la canción criolla en los primeros años de 1950 en la voz del trío los Embajadores Criollos, integrado por Rómulo Varillas, Alejandro Rodríguez y Carlos Correa, quienes popularizaron el vals de Luis A. Molina "El tísico":

*No me beses, que estoy muy enfermo,
no me beses, te pido por favor;
hace tiempo no como ni duermo,
de pensar en este cruel dolor.*

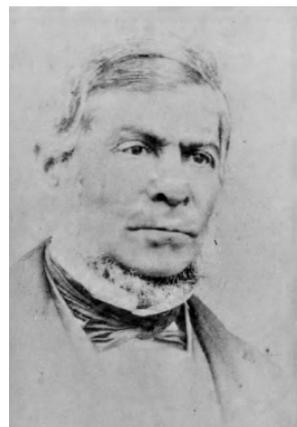
*Mucho tiempo ya llevo postrado,
en la cama de un hospital,
ya la ciencia me ha desahuciado,
contagioso y malo, dicen que es mi mal.*

*Ser tísico es mi mal,
horrible es mi dolor,
la ciencia no puede ya salvarme;
sin saber quién será
el dueño de tu amor,
para poder consolarme.*

*Ya no vengas, no vengas a verme,
hoy siento en el pecho
un fuerte dolor;
ya estoy frío, no puedo moverme...
Tápame la cara... hazme ese favor.*

Médicos que lucharon contra este mal

El médico italiano Juan Copello, residente en Lima, publicó en 1876 Memoria sobre la profilaxis de la tisis pulmonar tuberculosa. Fue catedrático en San Marcos y tenía a su cargo el curso de Zoonomía, así como Filosofía médica e historia crítica de la medicina. Fueron sus alumnos Lino Alarco, Tomás Salazar, Martín Dulanto, Miguel Colunga y Urbano Carbonera. En Lima se casó en la iglesia del Sagrario con María Santos Rosas en 1855; uno de sus hijos, Eduardo, fue doctor en medicina y químico farmacéutico.



Juan Copello

En el número 11 de la revista *Ya*, correspondiente al 8 de junio de 1949, hay una entrevista sin firma al doctor Elías García Frías y se le describe así: "Mandil y pantalones blancos. Rostro afable. Sienes pintadas de blanco. La cordialidad está en los primeros cigarrillos que se encienden bajo la misma lumbre. Las espirales de humo traen a la espontaneidad. Más aun, hace que las preguntas fuesen sencillamente explicadas".

Para las mujeres estaban destinados los pabellones "La Purísima", "Santa Luisa", "Santa Elisa" y "Santa Rosa".⁽¹⁴⁾

Se debe recordar que el doctor Francisco Almenara Butler (1850-1930) tenía interés en el estudio de este mal y publicó en *La Crónica Médica* N°2 "Matucana como estación de tísicos y tuberculosos". Diez años después dio a conocer el trabajo de investigación "Clinicoterapia de la tisis pulmonar. Lima en peligro"; y con su colega Remigio Errequeta "Hospital para tuberculosos". De 1895 data "Apuntes sobre profilaxis de la tuberculosis" de Leonidas Avendaño (1860-1946): El doctor Rómulo Eyzaguirre (1864-1946) editó en *La Crónica Médica* N°14 de

14 Véase "Sanatorio Olavegoya" en la revista *Ya*, N° 6 del 11 de abril de 1949, firmado por Jaime Galarza Alcántara.

1897 “Hospitalización de tuberculosos” y “La tuberculosis pulmonar en Lima. Tratamiento higiénico sanatorial” (Tesis de bachiller que apareció en *La Crónica Médica* N° 13 y 14).

Muchos enfermos que estuvieron tratándose en Jauja se reintegraron a sus actividades luego de su difícil experiencia en ese sanatorio.

Un notable descubrimiento del doctor Selman A. Waksman et al, la acción de la estreptomina contra el bacilo de la tuberculosis, en 1943, dio esperanzas de vida a millones de personas.⁽¹⁵⁾ A partir de entonces, los tuberculosos ya no serían “la peste”, “el horror” o el motivo del “rompan filas de la amistad o del amor”. Jauja empezó a ser “evacuada”. Los “paletas” fueron tratados desde entonces en el Hospital de Bravo Chico, en Lima. En adelante, la tuberculosis sería otra enfermedad más de control a corto plazo.

15 Waksman, catedrático en la universidad de Rutgers, Nueva Jersey, recibió el Premio Nobel de fisiología y medicina en 1952.